

Glosas. El entendimiento menudo de un despota. ("El Sol", Madrid,

19 mayo 1918).



Es indudable que al conceptismo se le deben grandes aciertos de expresión, aciertos estéticos, y con ello aciertos de representación también, aciertos lógicos. Y pocos conceptistas han acertado más veces que acertó Quevedo, sobre todo en sus escritos serios. De uno de estos aciertos quevedianos queremos decir aquí ahora algo, acompañándolo de ligeros comentarios.

En el discurso político que con ocasión de la muerte de Felipe III escribió D. Francisco de Quevedo y Villegas, y a que tituló «Grandes anales en quince días», trata del rey Don Felipe II, el llamado Prudente por unos y Demonio del Mediodía por otros, del espejo de Reyes absolutos y despóticos—recuérdese la muerte en Simancas del barón de Montigny—, y después de decir de él, entre otras cosas, que «peglaron los que no le supieron conocer», añade más adelante: «Tuvo entendimiento menudo, diligente y justificado; memoria tan socorrida, que servía de recuerdo a los Tribunales y era alivio a los secretarios, y a veces, castigo.» Quedémonos con esa felicísima expresión de «entendimiento menudo», aplicado al de Felipe II.

«Entendimiento menudo» no quiere decir, desde luego, pequeño, sino minucioso y detallista, entendimiento de menudencias. Y tal fué el de Felipe II, el Rey covachuelista que dijo de sí mismo que si hubiese nacido hombre privado, se habría hecho muy rico y bastante principal no más que con el ejercicio de la pluma. Aunque no como escritor, de seguro, sino como escribano, o procurador o abogado. Su menudo entendimiento lo era de rábula. Pasábase ocho y nueve horas escribiendo y leyendo sus despachos cada día, y es enorme el caudal no más que de notas marginales—a las veces de reparos ortográficos—que les ponía. Hoy se le llamaría grafómano.

En tal respecto ha habido otra figura histórica, no muy diferente de la de él, que se le parece: la del Dictador, o sea despota—y además tirano—del Paraguay, D. Gabriel Rodríguez Francia, hombre de pluma también, y no de espada. Pero que con la pluma mataba.

Y aquel entendimiento menudo marró en todas las grandes cosas y siempre que quiso acometer grandes empresas, como fué la de la Armada Invencible. «Su miedo fué muy costoso, y supo pocas veces replicar a sus sospechas», dice también de él Quevedo. Es que el entendimiento menudo, al por menor, no se mueve libremente cuando

tiene que andar entre cosas grandes y al por mayor. Un casuista no puede resolver los grandes problemas morales que se presentan a los pueblos.

Aquel despota covachuelista escribió el 16 de mayo de 1563 a su embajador en París, el señor de Chantouary, diciéndole: «Ningún rey podría gobernar sus vasallos con poder limitado.» Pero en él era el poder limitado, muy limitado, con la limitación de la menudencia de su entendimiento casuístico y suspicaz.

Hay una frase de D. Luis Cabrera de Córdoba, el autor del *Felipe Segundo, Rey de España*, y que le conoció personalmente, el cual decía de su Rey y señor: «Mirábase los más cuerdos, sellando la boca con el dedo y el silencio; y rompiéndolo, unos le llamaban prudente, otros severo, porque su risa y cuchillo eran confines.» Referíase Cabrera a las disensiones entre el Rey y su hijo el príncipe D. Carlos, de quien se dice, como de su bisabuela Doña Juana, que estaba loco. La expresión esa de Cabrera de que la risa y el cuchillo de Felipe II eran confines, ha sido muy asendereada. Y acaso sería mejor decir que fueron confines su risa y su pluma. Porque su cuchillo era su pluma, ya que con ésta, desde su celda de El Escorial, cortaba y rajaba.

El cuchillo, y más la espada, suele brillar a la luz, aunque cabe esgrimirlo a oscuras y hurtadillas—¿no fué acaso agarrado a hurtadillas y en secreto el barón de Montigny?—; pero la pluma del despota casi siempre se ejerce en secreto. Que el Rey Prudente—prudente como la culebra, aunque no sencillo, como la paloma—, aunque escribió tanto y se jactaba de que si hubiera nacido privado se habría ganado fortuna con la pluma, no tuvo vocación alguna de publicista. Su escritura era privada.

La cominería y la minuciosidad son características de los despotas, aunque no lo sean de los tiranos. Porque despota—conviene repetirlo—es el que gobierna con secreto, y tirano el que gobierna con violencia. Y el secreto consume más a los pueblos que la violencia. El despotismo acaba antes que la tiranía con el espíritu de libertad popular.

Cuantas veces se ha querido restablecer el buen nombre de este despota coronado, el covachuelista regio de El Escorial—y la última vez un danés, el Sr. Bratli—, se ha logrado darnos una figura de un hombre eficaz, solícito y cuidadoso, pero nunca de un elevado

valor moral. El entendimiento menudo, que dijo Quevedo, arguye un sentimiento menudo también, un corazón lleno de cuentas de rosario y de piadosas chucherías, de verdaderos escrupulos en la más recta acepción de esta palabra, que es la originaria.

¿Y no provendrá el despotismo precisamente de menudencia de entendimiento? Como de menudencia de entendimiento provenían sus vacilaciones, sus dilaciones y tardanzas, sus sopesamientos, todo lo que le hacía perder las ocasiones propicias de los grandes triunfos. Y todo ello se reduce a una sola cosa, y es falta de genialidad.

¡Ojalá hubiese sido el tirano que han sacado a escena algunos dramaturgos, Alfieri y Schiller, entre otros, que le presentaron su propia grandeza de imaginación! Porque para ser tirano hace falta mucha más imaginación que para ser despota.

Hernando de Acuña, el poeta de Don Carlos de Hapsburgo, I de España y V de Alemania, y padre de Felipe II, pedía

*una grey y un pastor sólo en el suelo,
¡ un monarca, un imperio y una espada!*

Pero lo que no dijo Hernando de Acuña, fué

¡ un monarca, un imperio y una pluma!

Y menos una pluma despótica, es decir, de secreto, una pluma de secretario y no de publicista. Porque por malo que el imperio de la espada sea, es mucho peor el imperio de esa pluma. Y más si la maneja un entendimiento menudo, como fué el de Felipe II.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES